

# La recuperación del espacio interior de la Colegiata de Santa María la Mayor de Alquézar (Huesca)

Joaquín Naval Mas, arquitecto. ALPRM

Antes de centrarnos en la intervención del singular edificio de la Colegiata de Santa María la Mayor de Alquézar, es obligado describir brevemente sus orígenes y su ubicación en uno de los más interesantes y notables conjuntos urbanos del Alto Aragón, que fue declarado Conjunto Histórico Artístico en 1982, y su Castillo Colegiata, Monumento Histórico Artístico en 1931.

La Villa de Alquézar aúna monumentalidad, arquitectura tradicional y traza urbana de carácter medieval, perfectamente asentada en una naturaleza de particular belleza, como es el Somontano oscense de Barbastro, cuna de excelentes vinos, y a las puertas del Parque Natural de la Sierra de Guara. Su núcleo se alza y queda limitado por los cañones del serpenteante río Vero.

El núcleo se abriga, en una ladera al Mediodía, buscando el soleamiento de sus casas. Esta disposición da lugar a la superposición de volúmenes y tejados, presididos y vigilados por su imponente Castillo-Colegiata que se asienta en lo alto de un promontorio rocoso.

## Historia

Alquézar, de fundación musulmana a principios del siglo IX, fue reconquistada en 1065 por el Rey Sancho Ramírez de Aragón, transformándose, a partir de entonces, su predominio militar en religioso, con motivo del establecimiento de una comunidad de canónigos que asistía a las nuevas guarniciones militares.

El templo primitivo de la colegiata se consagró a finales del siglo XI, conservándose de aquella época el atrio que cuenta con interesantes capiteles de traza esquemática y arcaica, y que forma parte a su vez del claustro románico, de planta trapezoidal, que se terminó de levantar en el siglo XIV. Los paramentos sirvieron también de soporte de pinturas murales realizadas en los siglos XV y XVI y que describen la vida y muerte de Jesús.

La actual colegiata se construyó en la primera mitad del siglo XVI, en una sola nave -con capillas entre contrafuertes- de 24 m de longitud, 9 m de ancho y 14 m de altura. Está cubierta con bóveda estrellada, de terceletes y combados, y claves ornamentadas con pinjantes a modo de rosetas. Nuevas capillas se levantaron en el alzado norte en el siglo XVII, que conjuntamente con el volumen de la sacristía, y los magníficos retablos que se incorporaron en aquella época, dieron como resultado este bello y acogedor espacio.

A diferencia de otros edificios de la misma apariencia y periodo de tiempo, su bóveda se talla con refinada labra en piedra caliza. La buena ejecución de las fábricas de sillería se hizo extensible también a los muros, contrafuertes y vanos que definen la construcción del templo.

## Intervención

La intervención, objeto de esta comunicación, es una fase más de las realizadas en los últimos 20 años. La peculiaridad de su ubicación ha llevado consigo la dificultad para llevar a cabo los trabajos, como fue la operación que se hizo en la década de los 90, cuando hubo que intervenir en la restauración y restitución de la cubierta. Para ello, se tuvo que trasladar y colocar -mediante helicóptero- la nueva estructura de madera.

Las diferentes actuaciones ejecutadas hasta el momento han estado enfocadas a la recuperación de sus estructuras, materiales, trazas y espacios, tal como se configuraron en el momento de su construcción. La madera, piedra, tierras, cales y yesos han sido materiales imprescindibles para la restauración de los diferentes elementos constructivos que se encontraban muy deteriorados y dañados con el paso del tiempo. Con este criterio se han ido sustituyendo o eliminando añadidos que carecían de valor y habían perdido su función.

La nueva fase de restauración en el conjunto arquitectónico, y concretamente en el interior de su iglesia, ha tenido un especial significado en el proceso, ya que ha permitido recuperar la luminosidad y el aspecto de un espacio que se levantó por manos expertas en el siglo XVI y que posteriormente se arropó y se potenció su valor con aportaciones e intervenciones hasta el siglo XVIII.

Es a partir del siglo XIX cuando este patrimonio de gran entidad artística queda velado por acciones, que en vez de engrandecerlo y revalorizarlo, enmascararon cada vez más su calidad hasta nuestros días. Esta “decadencia” es consecuencia, sin duda, de la falta de recursos y medios para nuevas aportaciones y para un mantenimiento acorde con el interés de este rico patrimonio. Es lamentable que este mal sea muy común y se haga extensible a parte de nuestro patrimonio mobiliario y edificado; hasta el extremo, que en ocasiones ha hecho imposible su recuperación. Afortunadamente, no es el caso de la Colegiata de Alquézar, ya que diversas actuaciones en los últimos años han permitido recuperar y apreciar de nuevo este conjunto monumental.

La restauración del interior del templo ha estado enfocada a la recuperación de la “piel” que configuró la envolvente de este equilibrado y sugerente espacio. Con el estudio -mediante catas y decapados- de los diferentes revestimientos superpuestos que se aplicaron a lo largo de los siglos en sus paramentos y bóvedas, se ha averiguado qué acabado se le dio en el momento de su construcción. Dentro de una escala de valores, se llegó a la conclusión de que la acción original era la que estaba en mayor sintonía con la arquitectura y la resaltaba con toda su valía.

La gran sorpresa, aunque se podía intuir, a pesar de la suciedad acumulada y anclada a la superficie, y que había contribuido, en gran parte, al oscurecimiento del espacio, hasta el extremo de darle un aspecto sombrío, fue el descubrir unas magníficas bóvedas estrelladas de piedra labradas por avezados canteros, que cooperaron todavía más a definirla como una obra extraordinaria. En el momento de su construcción ya se utilizaban otros materiales alternativos a la piedra, como el ladrillo y el yeso, que eran más próximos y menos costosos, a la hora de dar forma a los muros y bóvedas de los edificios; incluso en edificios tan singulares como fueron las catedrales construidas en su misma época.

De este modo, la Colegiata de Alquézar se levantó con excelentes fábricas de piedra, tanto al exterior como al interior, hasta el extremo que las bóvedas, que tradicionalmente se revestían con morteros de cal y yeso para enmascarar las irregularidades de la labra, no fue necesario, y se aplicaron tratamientos de simples veladuras de agua de cales pigmentadas, que dejaban entrever la calidad y textura de la piedra, y que decoraban con despieces simulados de sillarejo, según el criterio estético y de acabado propio del estilo arquitectónico.

Con criterios similares de intervención, se ha actuado en las capillas de la Virgen del Rosario o la de San Nicostrato, levantadas un siglo más tarde, y en donde los elementos ornamentales se han recuperado también de acuerdo con los cánones del estilo. Los fileteados, dorados, pinturas policromas de tipo geométrico o arquitectónico se sacan a la luz, tras la eliminación, aparte de la suciedad, de los repintados y decoraciones superpuestas.

Igualmente se han sacado a la luz y se han restaurado los restos de los frescos medievales, que representan a Santa Catalina y San Pablo, con sus atributos hagiográficos, que quedaban ocultos a los pies de la iglesia, en el muro que formaba parte del atrio del anterior edificio.

También ha sido posible recuperar los primitivos pavimentos de baldosas de barro cocido o de yeso endurecido que quedaron ocultos tras la superposición de tarimas de madera que los ocultaba y protegía. La diversidad de formatos de las piezas de solado y la disposición con diferentes aparejos se han mantenido por formar parte del modo de hacer en los tiempos pasados. No considerándose necesario su unificación, ni su sustitución, incluso en los casos de un mayor desgaste. Se ha procedido únicamente a su limpieza y a dar un tratamiento de protección.

Es así como se ha llegado a la intervención final, recuperando las veladuras y la luminosidad original, sustituyendo las vidrieras coloristas -tanto geométricas como figurativas- dispuestas en el siglo pasado, por ventanales de alabastro, que ya tuvieron, y que ayudan a matizar la luz y a acentuar sus volúmenes sin desvirtuar la textura y calidez de la piedra. La apertura de los ventanales del lado del evangelio que quedaron cegados con las cubiertas de las capillas adosadas nos permite contemplar de nuevo, con la incorporación de un lucernario, el espacio con una luz natural equilibrada y acorde con su arquitectura.

Objeto de esta acción ha sido también la dotación de nuevo alumbrado eléctrico y de otras instalaciones ajustadas a la normativa. Sabemos que son instalaciones imprescindibles pero de difícil integración en el patrimonio.

Los magníficos calados y elementos decorativos aparecidos con la limpieza de las cornisas y ménsulas de piedra han llevado a renunciar, tal como en un principio estaba previsto, a colocar los focos y tendidos eléctricos apoyados sobre las impostas. Solución, por otro lado, muy recurrida al quedar en gran parte oculta la instalación. Al final ha sido preferible asumir una solución más visible, a base de báculos exentos, que “no tocan el edificio y sus partes ornamentales”, y que a su vez son soporte de las distintas instalaciones que cada vez son más numerosas y complejas. El alumbrado monumental, ambiental, de balizamiento y de emergencia, enchufes, detectores de seguridad y megafonía se han dispuesto y colgado de estos soportes integrados. Respecto al alumbrado ambiental se ha resuelto mediante iluminación indirecta y por reflexión que nos permite reforzar y resaltar la forma de las bóvedas, a la vez que se asemeja a la iluminación natural del edificio y se evita el deslumbramiento a la hora de contemplar el espacio.

Se han realizado trabajos externos, aunque de menor alcance. Los tapiales de la fachada sudeste del volumen del claustro se encontraban en parte deteriorados por su antigüedad y el paso del tiempo, así como por las reparaciones y parcheos de morteros de cemento que se habían aplicado en las últimas décadas. La utilización de tierras ocre del entorno, unido al uso de cales y yesos, ha permitido recuperar tonos y texturas de estas fábricas históricas.

Las fábricas de piedra debido a su deterioro, junto con el bajorrelieve de las Vírgenes Nunilo y Alodia -santas vinculadas a la comarca- que recuerda la ubicación de la mazmorra donde estuvieron encerradas, han sido objeto también de restauración. Para ello se ha cajeado y repuesto el material pétreo dañado y se ha sustituido el relieve original (del siglo XVIII) por una copia, dado el estado de deterioro y de disgregación a que había llegado. Tras su consolidación

y restauración pasará a formar parte del museo de arte sacro que la colegiata tiene instalado en las dependencias del claustro.

Para finalizar, se puede decir que las últimas obras realizadas en el edificio han pretendido recuperar la esencia del interior del templo, tal como se concibió, revalorizando sus trazas y elementos ornamentales, en una acción que también se podría denominar de “des-restauración” -término de debate en la presente Bienal sobre la Restauración del Patrimonio Monumental- y que se ha centrado en la eliminación de aquellos cambios o actuaciones que había soportado el edificio en el último siglo, conjuntamente con los trabajos de reparación y conservación necesarios por el deterioro e inevitable envejecimiento de sus materiales, y que aún no habiendo sido transformaciones de gran alcance, han contribuido al realce y puesta en valor del monumento.



Bóveda de la Capilla del Rosario antes y después de la restauración. Foto: Joaquín Naval Mas





Nave de la iglesia antes de la restauración. Foto: Joaquín Naval Mas



Nave de la iglesia después de la restauración. Foto: Joaquín Naval Mas